

FILOSOFIA DE LOS VIAJES

VICTOR M. ESCALA

Diplomático e Historiador Ecuatoriano.

Desde tiempos muy remotos se ha atribuido a los viajes una importancia trascendental que radica en dos aspectos fundamentales de la marcha al exterior: primero, el cariz de aventura adscrito a toda curiosidad geográfica y, segundo, el natural, el espontáneo aprendizaje que se adquiere observando panoramas diversos, costumbres exóticas, modalidades distintas expresadas en lenguas que ignoramos o que apenas balbucimos, las que denuncian nuestra extranjería. Viajar, sustituir el propio ambiente por otro, realmente extraño, es consagrarse a hacer comparaciones, como lo ha dicho Paul Morand, turista incansable en esta era del automóvil-torpedo, o del avión que devora raudamente las distancias.

El progreso locomotivo del hombre gracias a la fuerza motriz y a la energía eléctrica, la prontitud mágica de las comunicaciones que reduce, a una simple bobina, la redondez anfractuosa de nuestro planeta, han quitado, a los viajes de hoy, la formidable atracción de la aventura. En los tiempos que vivimos, ni Herodoto, ni Marco Polo, ni el Capitán Cook, ni los Conquistadores de la Hispania Máxima encontrarían nuevos Cólquides, remontísimas Catays, sensuales Tahitís, ni misteriosos Dorados con los áureos ídolos del Inca, muerto en Cajamarca por la cruel voracidad del porquerizo Pizarro. La aventura en los viajes de hoy, reducida a proporciones íntimas y mediocres, consiste en las dificultades de los pasaportes, en la áspera fiscalía de las fronteras o en el idilio fugaz con la garzona maltusiana, turista abonada a los barcos de la cinta azul, a los anfíbios Sikorsky y a los "Majestics" de 30 piasos!

La aventura, como elemento básico de los viajes, fue emoción fugaz en el raid trasatlántico de Lindbergh, y hoy es cosa privada del belga Picard.

Afortunadamente queda a los viajes el segundo elemento, o sea el trabajo forzoso de las comparaciones, que por su amplitud e inmediata utilidad, es el más importante de los dos. A poco de separarnos de nuestro habitual terruño, en cuanto el ojo constata la reducción de los familiares contornos, comienza el subconsciente del turista inicial a cumplir una labor de cálculo aritmético: en primer lugar, la apreciación de las millas, de los grados geográficos, y por último el recuerdo que trata de conservar, con magia anímica o con elementos representativos, el terruño que ya sólo es un punto de tangencia en la circular superficie terrestre. A seguidas de este primer periodo, de este inevitable conflicto con la distancia y la soledad, que aspira a devolvernos al punto de partida y enraizarnos con lo nuestro, surge la subversión psicológica de la curiosidad, y es así cómo el viajero acondiciona en su espíritu un campo de lucha entre lo que le es conocido y amado, y entre lo que no conoce y desea ardientemente penetrar. Fue sin duda, en este momento, en este curioso estado de ánimo que exclamó el jacobino: "No se lleva a la Patria en la suela de los zapatos". Años más tarde, el ilustre humanista don Andrés Bello, tan reverenciado por el pueblo de Chile, no pudo menos que exclamar recordando en Santiago las tibias y verdes riberas del Guayre: "Patria? Naturaleza da solamente una"

A consecuencia de este proceso espiritual el turista, quieras que no, continuará su marcha por el campo de las comparaciones, empezando por cumplir la más sensible, la de los climas y sus temperaturas. Lanzará sus ojos, por acción refleja, al vasto palio celeste: si de día, azul o gris, si de noche, estrellado o luctuoso. Cielos como los de Nápoles, Es-

tambul, Los Angeles, Caracas, La Paz y los diáfanos, frescos y ultraviolados de las mañanas quiteñas, ahondarán fuertemente el deseo del turista por gozarnos en su burgo nórdico, sobre su pampa arenosa y sofocante, o en su fiord de la fría e interminable noche semestral

Constreñido a este plano superior del paisaje, por poca que sea la curiosidad del viajero comparará, en cruzando nuevas latitudes, los aspectos diferentes de la naturaleza en lo vegetal y animal. Admirará las orquídeas del trópico, el oro esférico de las naranjas y la piel apoliedrada de las piñas. En el campo animal, la estridencia parlara del perico, uniformado siempre de académico francés, la acrobacia del mono, Tarzán auténtico de la zona tórrida. Elogiará, en el norte, los tulipanes de Holanda, los rubíes agridulces de las guindas, la faz, matarife y roma, de los bull-dogs, la algarabía, ingenua y confiada, de los gorriones parisinos. Su primera acción comparativa enfocará detalles de importancia biológica, como ser el clima y sus principales conductores: el aire y el agua. Apreciará de inmediato los elementos más típicos de la nutrición, en lo vegetal y animal. Si ha de comer en Francia el lenguado que ya dio fama al restaurant Marguerite, comparará su sensación gustativa con las que le dieran nuestro brupo de Salango, o el pejerrey de Chorillos o el congrio colorado de las aguas chilenas. Si en Nueva York le han servido la delicia perfumada y acuosa del meloncito "cantaloup", hará distinción inmediata con el de Córdoba, de corteza verduzca y gitana, con el esferoidal que en Valparaíso llaman "escriturado", y con el fan adorante y meloso de Valencia, la venezolana.

Observará también el trepidar de los puertos, por donde los países industriales derraman los pro-

ductos de su energía creadora. Se pasmará ante el torbellino acerado de Nueva York, o ante la charada neblinosa y vastísima de Londres, y si el viajero estuvo poco antes en Quito, ciudad que según uno de sus vates ostenta todavía "su sayal y su guitarra", añorará de seguidas el dulce farniente, la perfección poetisada de la haraganería que, tanto en la mañana como por la tarde, acusa relieves humanos en los poyos de la Plaza de la Independencia, y entonces, filosofando un poco, se preguntará el viajero ¿quién es más feliz? si el ciudadano neoyorkino que trafica a una velocidad de cien pasos por minuto, o el fidalgo quiteño que en su plaza colonial escucha sentado, desde las ocho hasta las doce del día, el desfile, sin regreso, de las horas.

Viajar es alejarse de su propio ambiente. Viajar es salir a hacer comparaciones. Viajar es pegar al propio ser etiquetas policromas de los momentos dulces y amargos. Viajar en cosa útil, muy útil, aunque no siempre agradable.

Los compañeros de la niñez, los alegres camaradas universitarios, la novia para la que hubimos soñado un mundo de dichas se tornan, a la distancia, casi borrosos, y ocurre entonces que sean pocos menos que extranjeros los que vuelven de los antípodas, quienes ni siquiera cuentan con la fidelidad anciana del mastín de Ulises. Ese es el castigo que da la Patria a sus hijos andarines, a quienes sufrieron y gozaron con las lenguas extrañas, con los climas distintos, con la punzante saudade y con la diaria obsesión del Recuerdo, porque naturaleza no da más que una, una sola Patria, según exclamó Don Andrés Bello en momentos en que aspiraba, en una taza de café, todo el perfume de su rica, de su varia, de su heroica tierra venezolana.

EL VIAJERO Y SU PROPIO PAISAJE

Me referí a la psicología del viaje, al choque anímico del trotamundos con la distancia, la soledad, al surgimiento de panoramas que invita a las comparaciones, de cuyo inventario final brota el provecho de los viajes.

Si el ausentismo tiene por norma la sed de conocimientos y de ilustración primordialmente geográfica, juzgamos deber patriótico que el turista, antes de saltar longitudes y paralelos extraños, empiece por conocer los suyos, los que trazan líneas de simpatía y convivencia autóctona sobre la porción de tierra en que vio la luz.

Es cosa ampliamente sabida que el indoamericano desdeñe su propio terruño, sea por el ancestro de pereza que sembró en América el cruce de las razas aborígenes con la castellana, de altivez tan sedentaria, sea por la extensión tan enorme de estos países niños, sea por la creencia de que ellos en sí ofrecen poco a la curiosidad e interés del viajero. Lo escaso y difícil en las vías de comunicación, y

cierta semejanza en la grandiosidad de los paisajes pudieron justificar esa fiebre gregaria de pedirle sólo a Europa contrastes naturales, maravillas de progreso y fuentes sustantivas de cultura universal.

Uno de los primeros criollos que se reveló ostensiblemente contra semejante rutina indoamericana, fue Domingo Faustino Sarmiento, el forjador másculo de las tierras del Plata quien, en regresando descorazonado de Europa y muy disgustado de Norte América, empezó a escribir y a recomendar la curiosidad y estudio de todo lo nuestro, lo indoamericano, subrayado de exotismo por el aporte de África.

Las costumbres provincianas, el complejo ensangrentado de luchas civiles en las que actuó Sarmiento con la ardencia de su carácter, los majestuosos relieves cordilleranos, su vida en Chile de peón minero y de rebelde periodista de combate, prestan a sus páginas criollas un encanto particular, una como invitación dinámica para encariñarnos con lo

nuestro Sus "Recuerdos de Provincia" son algo así como un baedeker que ayudan a la comprensión y al cariño inmediato de nuestras cosas: gentes, costumbres, pañoramas, arte local, apreciaciones de la influencia telúrica sobre el hombre, que dejó de ser español para convertirse en gaucho, en llanero o en montubio, infiltración de estetismo ambiental en las menies sedentarias, pero no como simple deliquio del alma, sino como elemento sustantivo de nuestra manera de ser y de vivir

Cierto que anterior al ilustre argentino, don Andrés Bello había enumerado, recomendándolos en su lenguaje poético, los mil encantos de la Naturaleza americana Durante los neblinosos años de su vida en Londres, entre las clases de latín y griego que dictaba el humanista de Caracas para ganarse la vida en Inglaterra, hubo de añorar la caña dulce del Catuche, el olorcillo embriagador del guarapo, los frutos rojos del cafeto, las verdes panoplias de las palmeras, la atmósfera tibia y sensual de las huertas de cacao, las filas cimradas del maizal, y vibrando en la alta noche, sobre todas estas cosas, el golpe del arpa y la copla de amor, en contubernio con la luna de los trópicos Indudablemente añoró Don Andrés el solar nativo, y nos regaló su bellísima "Oda a la Zona Tórrida", que enfoca la inquietud del poeta sobre la gama vegetal de nuestro vasto continente

Muy cierto, también, que don Juan Montalvo añoró, exiliado en Francia, su agreste retiro de Ficoa, las vegas exuberantes de Ambato, el sultanesco albornoz del Tungurahua, pero tanto Don Andrés, como Don Juan, recordaron al terruño como brote saudadoso de su obligada lejanía

El apostolado criollo de Sarmiento, determinado por el fruto de sus comparaciones, fue una reacción consciente y decisiva de retorno hacia la propio consecuencia de su actitud espiritual son los juicios de alabanza para Lima, contenidos en su correspondencia privada y oficial cuando visitó la Ciudad de los Reyes como Ministro argentino al segundo Congreso Americano, reunido en el Perú para rechazar el infenio reconquistador de España

Además del autor de "El Cosmopolita" estimamos al Arzobispo González Suárez como al escritor ecuatoriano más hondamente encariñado con nuestra tierra Es al regreso de sus peregrinaciones por Europa cuando el virtuoso mifrado y veraz historiador salda sus comparaciones entre lo que vio en el viejo mundo, y lo que contempla y admira en nuestros Andes nevados, en nuestros valles lisonjeros, en nuestro litoral fecundo y policromo Sus cuadros de la naturaleza ecuatoriana son comparables por la fidelidad del pincel y por la magnitud del conjunto a las páginas mejor logradas de ese poeta del Cosmos que fue el Barón de Humboldt, y cuyo magnifico poemario lo constituyen los diversos tomos de sus "Viajes por los Países Equinocciales del Nuevo Mundo"

Si partir es entregarse a hacer comparaciones, mal podremos realizarlas conociendo, apenas, nuestro propio ambiente, término básico de la antítesis y del juicio discriminativo

Conozcamos nuestra tierra antes de partir a visitar otros países Penetremos en la variedad y belleza del paisaje montubio, sigamos el vuelo majestático de la garza antes de abismarnos con el zigzaguo de la golondrina y con las acrobacias del gorrión normando Separamos que nuestro Guayas —entre muchos grandes ríos de América y del Asia— fue el escogido por Pomona para los éxtasis del goce paladial La canoa del montubio, grávida de mangos, naranjas, piñas, mameyes y nísperos, es el azafate de ambrosía con que Junio prestigió los banquetes del Olimpo!

Conozcamos nuestra sierra escalando, en pocas horas, la argentada diadema del Chimborazo. Busquemos las huellas de La Condamine, Humboldt, Bonpland, Bolívar y García Moreno. Vayamos a Riobamba, Reina de las Nieves, custodiada por cinco gigantes de hielo y de granito: Chimborazo, Cahuairazo, Altar, Tungurahua y Corazón Sintamos, en la nivosa noche pura, el redoble danesco del Sangal Gustemos en Ambato, Huerto de los Andes, todas las frutas que han dado mundial fama al valle de Yoshemite Veamos ambular, bajo los capulies de Ficoa, a la rectitud y nobleza personificados en la sombra de don Juan Montalvo Corramos a Quito, paradigma del arte y de la gloria, cuna del grande Inca Atahualpa Visitemos, absortos, su San Francisco herreriano, su estupenda Compañía, su historiado San Agustín y su elegantísima Merced Volemos en automóvil a Otavalo, la ciudad de las indias hermosas, tataranietas de las ñustas traídas del Cuzco imperial para que concibiese el Inca, en una de ellas, al extraordinario quiteño Atabaliba Asomémonos, para no pensar en Suiza, a los lagos de Imbabura, en cuyas orillas medran los chirimoyos y se tafúan de sienna los frutos del nogal

No partamos lejos, sin pasear nuestro orgullo y satisfacción patrióticos por las provincias azuayas de las que dijo, hace cuatro centurias, Cieza de León: "Anchas y hermosas son estas tierras de los cañaris El templo de Tomebamba es de piedras muy sutilmente labradas, algunas negras y de variados jaspes Los naturales son de buen cuerpo y bellos rostros Traen los cabellos muy largos para darse una vuelta en la cabeza a manera de corona Sus mujeres son muy hermosas, ardientes en lujuria y muy amigas de los españoles"

No obstante los cuatro siglos de esta descripción, las cosas no han cambiado mayormente, porque Cuenca, la Ciudad de Mármol, sigue siendo la ciudad de los jaspes, de la hermosura femenil, del amor intenso y de la noble poesía

Más al sur, lindando ya con las tierras arenosas del Perú, se tiende en su entereza y lealtad de gran dama de Castilla la ciudad de Loja, paradigma del buen decir castizo y guardiana de nuestra integridad territorial.

Bien que se viaje, que se busque y asimile la cultura de otros lejanos países, pero a condición de que conozcamos antes a nuestro hermosísimo Ecuador, sus paisajes, su cultura, los hechos revelantes de su historia y todas las posibilidades de su riqueza integral.

ILUSTRES VIAJEROS ECUATORIANOS

Ilustres viajeros ecuatorianos fueron el jesuita Juan de Velasco, que recorrió toda Italia para radicarse en Faenza, donde escribió memorativamente su Historia del Reino de Quito. El sabio riobambeño Pedro Vicente Maldonado, que integró la comitiva de los Académicos Franceses, trasladóse a Europa por la difícil ruta del Napo-Amazonas. Recorrió España donde el Rey lo honorificó con el título de Gentil-Hombre de Cámara. Visitó Francia que le admitió como socio de la Academia de Ciencias de París. En Londres, ciudad de navegantes, recibió el nombramiento de Fellow de la Real Sociedad Geográfica. Desgraciadamente el sabio Maldonado no pudo traer a su patria los vastos conocimientos adquiridos en Europa, pues murió en Londres el año 1748.

Constreñido por las contingencias de su apostolado, el Precursor de nuestra emancipación política, Santa Cruz y Espejo realizó, en condiciones muy penosas su viaje de procesado rebelde, desde esta urbe del Pichincha hasta Santa Fe de Bogotá. Cabalgaba enfermo el ilustre fundador de las Primicias de la Cultura de Quito, pero hombres observador y entusiasta por las bellezas de su suelo, fue rematando las jornadas de su larga marcha con apuntes de exaltación y asombro para las perspectivas que sus ojos admiraron en las faldas del Antisana y el Cayambe, en los lagos imbabureños que hacía ya tres siglos fueron teñidos con sangre de sus antepasados. Suspensa campana de plata llamaría al perfecto cono del Imbabura. Más hacia el norte, las anfractuosidades carchenses le hicieron pensar en la sobriedad y firmeza de los hijos de esa altiva región ecuatoriana que, prolongándose hasta los Pastos de Angasmayo, reviviría en Sud América —con Agualongo y sus secuaces— una nueva Vendée irreducible.

Santa Cruz y Espejo, que supo admirar el dilatado valle del Cauca, los desfiladeros tenebrosos del Quindío y el señorial aspecto de la muy docta urbe del Funza, no tuvo eco, ni reciprocidad simpática en otro ilustre viajero venido desde Bogotá a Quito, en la comitiva del Barón de Humboldt. Aludo al sabio Francisco José de Caldas, quien durante su permanencia en nuestra capital, se especializó en hacer críticas menudas y cargos vehementes contra la sociedad de aquella época pre-emancipadora, empeñada en ofrecerle al sabio tudesco una fisonomía realmente dieciochesca, como para ser pintada por don Francisco de Goya y Lucientes.

Hombre entregado a la lectura que le retenía horas y horas en su propia habitación, o le empujaba a los suburbios, frente a los yerbajos autóctonos, chocóle a Caldas el buen humor quiteño, los saraos y excursiones que el adinerado aristócrata, Carlos Montúfar, vivió organizando en homenaje a Humboldt. Su disgusto por estas cosas y por su evidente complejo de inferioridad cortesana, le movieron a describir la cuna de Atahualpa con estas mendaces impresiones: "El aire de Quito está envenenado, no

se respiran sino placeres, los precipicios, los escollos de la virtud se multiplican y se puede creer que el templo de Venus se ha trasladado de Chipre a esta ciudad". Más adelante, refiriéndose a las damas de mirañaque y a nuestras **chullas** apetitosas, exclama el sabio Caldas: "Si yo viviera en el paganismo habría creído que Venus, irritada porque no quería sacrificar en tantos templos como tiene Quito, había exitado esta borrasca contra mí".

Mejor viajero que Santa Cruz y Espejo, porque le cupo en suerte rodar el viejo mundo, asimilando cultura varia y hondamente europea, fue Rocafuerte, el insigne hijo del Guayas. Desde niño estuvo en Madrid, educándose en el Colegio de Nobles de la Villa del Oso y el Madroño. De vuelta a Guayaquil se compromete en la conjuración de los patriotas de Chillo: los marqueses de Selva Alegre, Villa Orellana, Salva Florida, Solanda y Casa Jojón. Su tío, el coronel realista Bejarano, decide su inmediato embarque para Europa, de donde sólo regresará en 1832, después de haber prestado grandes servicios a la causa de la independencia americana, representando a su patria en las Cortes de Cádiz, para servir más tarde a México como su representante diplomático en Londres, no sin haber recorrido antes las más fastuosas Cortes europeas, amistando con monarcas como Catalina de Rusia, Napoleón Bonaparte, el rey de Suecia, el gran Ministro Pitt, el precursor Francisco Miranda, el futuro Libertador Bolívar, el sabio Barón de Humboldt, el Abate de Pradt, don Andrés Bello, Madame Tallien, Madame Torbiand de Aristeueta y otras personalidades más de las grandes urbes europeas.

El año 1832, rico de experiencia, de fervor patriótico y de anhelos civilistas, vuelve a su Patria para ver de salvarla del militarismo ignaro, del desorden y de la inmoralidad colectiva. Llegado al solio presidencial, Rocafuerte es el viajero alertista que recorre nuestro país para constatar sus miserias y sus necesidades inmediatas. Rocafuerte fue el verdadero creador de la instrucción obligatoria. Sus andanzas quedan marcadas con varias escuelas y con obras públicas como caminos, hospitales, pilas de agua, cuarteles, comunicaciones, alumbrado de aceite de ballena que era el de la época.

Desde Panamá una de los tantos veleros que traficaban por nuestras costas nos trajo, entonces, la fiebre amarilla. Rocafuerte, hombre de gran cultura y muy viajado, sabe a conciencia la gravedad del flajelo, pero patriota, antes que todo, vuela a Guayaquil a desafiar la muerte curando enfermos y cargando carroñas pestíferas a la fosa común. El ilustre guayaquileño, Vicente Rocafuerte, fallecido en Lima al servicio de nuestra patria, dignificó el trabajo presidencial que raras veces ha sido continuado, después de su gobierno, por otros mandatarios!

Con menos rol turístico que el de Rocafuerte fue también notable viajero don Gabriel García Moreno. Desde su adolescencia empezó a conocer nuestro

suelo, tan anfractuoso, para venir a matricularse en Quito, en el Colegio de San Fernando. Al correr de tres lustros trasladóse a Europa, no para vegetar en sus grandes ciudades, sino para aprender y ofrecerle más cultura a su patria. Llegado a la Presidencia del Ecuador dedicó sus energías al desarrollo material del país que, hasta ése entonces, era el más atrasado de todo el Continente. García Moreno lo dotó de carreteras, puentes, tambos, colegios, universidades, escuela politécnica regentada por sabios de fama mundial, observatorio astronómico, penitenciaría, acueductos, muchos templos y casas de piedad conforme a su arraigado catolicismo, por cuya defensa cometió algunos excesos. El viaje a mula, de su adolescencia, lo realizó varias veces con velocidades de viajero experimentado. Conocía palmo a palmo la República, así como las extensas costas del Pacífico y los países australes del Perú y Chile. Siendo materia extraña a estos enfoques abordar la cuestión política, apreciamos en García Moreno a uno de los ilustres viajeros ecuatorianos, interesado realmente en las múltiples bellezas naturales de nuestra patria.

Eloy Alfaro, caudillo del liberalismo ecuatoriano, fue un viajero a la fuerza, fue la grímpola roja de la democracia liberal, ofreciéndose aquí y allá, según la hermosa frase de Juancho Uribe.

Por combatir, casi imberbe, el régimen teocrático de García Moreno, Alfaro tuvo que abandonar su extensa provincia de Manabí para ir a establecerse en Panamá, donde logró adquirir el inglés y amasar una fortuna comercial. Viajó mucho por las Antillas, y para 1883 ya estaba en las selvas de Esmeraldas, combatiendo la dictadura de Veintemilla. Logró llegar a Guayaquil y asediarlo por los cerros del Salado. Cruzó, bajo una lluvia de proyectiles, este brazo de mar realizando la entrada de los restauradores el día 9 de julio, en tanto que río abajo huía el déspota vencido, con los 200 mil pesos fuertes extorsionados al Banco del Ecuador.

El triunfo electoral de los conservadores en la Asamblea de aquel año determinó una nueva pere-

grinación de Alfaro, más fructuosa para la cultura del caudillo liberal y para su preparación en el porvenir que el destino le tenía reservado. Viajó esta vez Alfaro por todo Centro América, México, Venezuela, Puerto Rico, Perú, Chile, la Argentina. Fue en Costa Rica amigo de Antonio Maceo, en Nueva York compañero de Martí en el Club Revolucionario Cubano. Amistó en Lima con Manuel González Prada y en Santiago con el ilustre Balmaceda. Trató en Buenos Aires al anciano general Mitre y en Venezuela al general Crespo. Su cultura, adquirida pacientemente, lo llevó al campo del periodismo. Publicó ensayos políticos y folletos de carácter económico. Ayudó a poetas y escritores de diversos países y, más tarde, al triunfar con el liberalismo y subir al solio presidencial, trajo intelectuales y empresarios extranjeros a fin de transformar —como lo hizo— la fisonomía espiritual y física del País. Todo lo que Alfaro logró hacer en beneficio de nuestra Patria se debió a la cultura adquirida por él en 30 años de obligados viajes.

El general Leonidas Plaza Gutiérrez, compañero de Alfaro en su largo ambular por tierras centro-americanas afirmó, con el reposo que le fue característico y con el don de gentes que adquiriera en su dilatado exilio, todos los impulsos progresistas de su antecesor, el Presidente Alfaro. El general Plaza asimiló, indudablemente, mucha cultura y dotes especiales de administración, correspondiendo a su primer período de mando el avance sociológico del Ecuador y el complemento de muchas obras públicas iniciadas por el afán progresista de Alfaro. Como guayaquileño y amigo que fué del general Plaza me es grato consignar que se esforzó, especialmente, por quitarle a la cuna de Olmedo el mote macabro de "hueco pestífero del Pacífico", para lo cual contrató, con firma inglesa J. J. White las obras de saneamiento de las que se han hecho tres cuartas partes que, hasta aquí, han logrado para Guayaquil el calificativo sanitario de puerto limpio de primera categoría.

HUMBOLDT EN AMERICA DEL SUR

El sabio alemán, Barón Alejandro de Humboldt, ilustre viajero que había recorrido ya los montes Urales y parte de la fría estepa siberiana, trabó en París estrecha amistad con el Conde Luis Felipe de Segur, quien había visitado, en 1780, a Caracas, integrando el séquito del Delfín de Francia.

Segur, que admiró en la colonial ciudad de Avila, mujeres de extremada belleza y de exquisita vivacidad, Segur, que recorrió las hermosas haciendas bañadas por el Guayre, despertó con sus relatos las ansias del sabio prusiano, del físico, cosmógrafo y naturalista Humboldt por recorrer los países de la América ecuatorial, cuyos Andes —las enormes, estupendas, moles sentadas sobre bases de oro— tocan

con sus treinta vértices los castillos policromos de las nubes.

El 15 de julio de 1799 embarcáronse en Cádiz, en el navío "Pizarro", el Barón de Humboldt y el botánico francés, Arnadeo Bonpland, premunidos de sendas recomendaciones firmadas por don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, a efecto de que las autoridades coloniales prestasen a los dos hombres de ciencia toda suerte de ayuda. En las islas Canarias el Barón midió, por el sistema de las triangulaciones geométricas, la altitud del Teide, aguja pigmea en comparación con las cumbres nevadas que más adelante mediría en el Ecuador y en México.

El mar de los Sargazos, aquella inmensidad de espesas y verduscas algas, que los marineros de

Colón tomaron engañosamente por las cercanías de Cipango, sirvió a Bonpland de rico campo para el estudio de la flora acuática.

Zigzagueando unos días más y admirando las fantásticas noches estrelladas de la zona tórrida, llegaron los viajeros a las costas que descubriera Colón en su tercer viaje al nuevo mundo. Singlaron el golfo de París y echaron el ancla en Cumaná, sita sobre el río Manzanares, cuyas márgenes son emporios de vegetación, grávidas de frutas que el prusiano y el francés paladearon a su entero gusto. Estudiaron minuciosamente la estructura geológica de esta zona tan propensa a los terremotos, vaticinando Humboldt los cataclismos que han ocurrido después y que, posiblemente, ocurrirán en la hermosa tierra que prohió al Gran Mariscal Sucre, héroe de Yaguachi y Pichincha y generoso paladín de Tarqui. Recorrieron la Cueva del Guácharo, una de las grandes maravillas de la América meridional, con sus varios compartimientos de estalactitas de formas salomónicas y tubulares, que difunden el sonido en mil ecos diferentes.

A Caracas llegaron Humboldt y Bonpland en febrero de 1800. Con las cartas del válido Godoy para el Capitán General, Guevara de Vasconcelos y con las enviadas desde Madrid por el Marqués de Uztaris a sus parientes venezolanos, Humboldt fue recibido con esplendidez insospechada. En el ángulo noroeste de la plaza de la Trinidad, llamada hoy del Panteón, existe una placa de mármol que señala al viandante la casa en que residieron Alejandro de Humboldt y Bonpland. A la semana de su arribo, por las cuchillas de granito que exhoman las flores de Mayo, escaló la silla del Avila y comprobó de nuevo sus barómetros para la medición de las montañas. Admiró, en la hacienda "Blandín", de Chacao, las plantaciones cafeteras realizadas por el Padre Mohedano, visitó "Tamanaco", la hacienda de los Palacios, tíos de Bolívar y admiró en "Bello Monte" los trapiches de la familia Ibarra, emparentada con los Ponte y Villegas, en cuyo tronco acababa de florecer el futuro libertador de América!

De la Guayra, partieron para Cartagena de Indias, con el ánimo de seguir para Cuba y México, pero sucedió que en este puerto colombiano se encontraron con el matemático español, Joaquín Francisco Fidalgo, quien se hallaba entregado a un intenso estudio sobre la desviación de la brújula, estudio que comprobaron y ratificaron Humboldt y su compañero Bonpland.

Una vez que herborizaron abundantemente en la costa atlántica, el matemático español dio a Humboldt las referencias más exactas y cordiales acerca del gran sabio gaditano, José Celestino Mutis, descubridor —entre otras mil plantas autóctonas—, de una quinta bastante parecida a la bermeja de Loja, aunque no tan febrífuga y eficaz como la ecuatoriana. Esta agradable referencia y el hecho personal de haberse informado el Barón, de que su amigo el capitán Baudin vendría por el Cabo de Hornos a recorrer las costas del Pacífico, decidieron a Humboldt y Bonpland a subir el río Magdalena, llegar a Bogo-

tá y seguir más tarde al Perú, escalando los picos más altos de la cordillera andina. Cuarenta días emplearon los viajeros en cubrir la distancia acuática que hay desde Barranquilla hasta Honda. A medida que surcaban el Magdalena fueron herborizando con esmero, a fin de poder cotejar sus hallazgos con las famosas colecciones del sabio Mutis, con el objeto de poder constatar qué nuevas especies se agregarían a las ya catalogadas por el célebre naturalista gaditano y por su discípulo Francisco José de Caldas.

Bogotá, la docta urbe fundada por el letrado Jiménez de Quesada, recibió a los dos viajeros más en atmósfera de estudio, que en ambiente de diversión y cortesía, como acababa de hacerlo Caracas, entrenada anteriormente por la manera como había recibido al conde Luis Felipe de Segur y al real Delfín de Francia.

En la ciudad del Funza Humboldt visitó el salto del Tequendama, las salinas de Zipaquirá, el curioso lago de Guatavita y la selectas ganaderías de la Sabana. Invitado desde Quito por su amigo, Carlos de Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre, arregló su inmediata visita a nuestra tierra, en compañía de Bonpland y de Caldas.

Partieron por Ibagué hacia el Quindío, cuyas alturas midió Humboldt, no sin tomar los datos necesarios para la formación de su carta geográfica, que abarcando desde las Guayanas llegaría hasta el meridiano austral de Lima. Hicieron su entrada en Quito el día de los Reyes Magos, dispensándose la cuna de Atahualpa una entusiasta acogida. Desde el primer momento asombró al insigne viajero la grandiosidad y hermosura del paisaje ecuatoriano. Los grandes nevados del Antisana, Cayambe e Imbabura, la suavidad del clima primaveral, la transparencia de la atmósfera, la indumentaria tan vistosa de los indígenas, y la fulgencia nocturna de los astros entusiasmaron, de tal modo, a Humboldt que habiendo dedicado en su programa dos meses para Quito, permaneció seis en nuestra capital, escalando dos veces el Pichincha y excursionando por todos los valles de Chillo, donde cada mansión blasonada de los marqueses de Selva Alegre, Villa Orellana, Solanda, Selva Florida, San José y Casa-Jijón, se abría con esplendidez dieciochesca en honor de Humboldt, Bonpland y del amargado popayanés, el sabio Caldas, a quien no faltaron nunca pretextos para excusarse de asistir a tan rumbosas fiestas.

Carlos de Montúfar, educado cuidadosamente en España y buen amigo del Barón desde los días parisinos del Directorio, arreglaba agasajos sociales y excursiones científicas que no dieron reposo a los ilustres sabios, según apuntara después, en su famosa obra "Viaje por los Países Equinocciales", el insigne hijo de Prusia, que, a decir verdad, ha sido el mejor turista que ha pisado tierras ecuatorianas, desde los días lejanos de los Académicos del Rey Sol y de los cultísimos marinos españoles, Jorge Juan y Ulloa.

De nuestra capital siguió Humboldt para el sur, deteniéndose en Latacunga, donde analizó los re-

cientes estragos hechos por el Cotopaxi Hizo las mediciones de este volcán y del Tungurahua y prosiguió a Riobamba, para escalar el Chimborazo, hazaña que efectuó sobrepasando, en 1 100 metros, la altitud alcanzada por La Condamine La permanencia del sabio alemán en la nueva Riobamba le permitió examinar las ruinas del terremoto de Sicalpe, en las que hizo el valioso hallazgo del manuscrito del cacique Zapla, referente al reino de los Quitus antes de invadirlo Túpac-Yupanquí, padre de Huaina-Cápac Siguiendo siempre al sur atravesaron la región de los Cañaris, hasta dar con el famoso camino de los Incas, que unía a Quito con el Cuzco Por esta vía llegaron a Cuenca, no sin haberse detenido antes en las ruinas de Inga-Pirca, fortaleza que mandó a construir Túpac-Yupanquí como primer jalón de su conquista en el Reino de los Shyris y para conmemorar también el nacimiento de su hijo Huayna-Cápac, en tierras ecuatorianas

En la hermosa capital del Azuay, en Cuenca, Ciudad de los Mármoles, que son pedestales de bellísimas mujeres, permanecieron los sabios excursionistas diez días Marcharon después a Loja, donde Humboldt estudió los famosos quinares que libraron del paludismo a la Marquesa de Chinchona y cuyo alcaloide —la quinina— es la ofrenda que el suelo ecuatoriano ha hecho en bien de toda la humanidad

De Loja partieron hacia el oriente, internándose en la provincia de Jaén de Bracamoros, que hoy retiene el Perú con flagrante violación de los Tratados Poniendo en riesgo sus vidas navegaron al raudo y estrecho Pongo de Manseriche y constataron la afluencia de varios ríos quiteños que, bajando de los volcanes forman el inmenso río Amazonas o Marañón de cuyos siete mil quinientos kilómetros de cauce corresponden legalmente al Ecuador —en

la margen izquierda— un mil kilómetros de curso libre y toda su ribera.

En el mapa científico levantado por el Barón de Humboldt, desde las Guayanas hasta el paralelo de Lima, insertado en su grandiosa obra "Viaje por los Países Equinocciales", figuran ambas márgenes del Amazonas pertenecientes a la Real Audiencia de Quito, pero el generoso Tratado de Guayaquil, suscrito en 1829, redujo esta propiedad a toda la margen septentrional del gran río sud-americano

De la región amazónica bajaron los viajeros a Cajamarca donde la audiencia y falsía de Pizarro y sus compañeros se adueñaron del noble Inca Atahualpa, gloria de Quito. De esta ciudad histórica, Humboldt siguió a Lima, por la vía de Trujillo

A poco de hallarse el sabio prusiano en la fastuosa ciudad virreinalicia, comunicó sus impresiones a don Pedro Mendinueta, Virrey de la Nueva Granada, en los siguientes términos: "En Lima he sido muy bien recibido por el Excmo. señor Virrey, pero cuánto han decaído mis ideas viendo de cerca este Perú que yo creía mucho más rico, más cultivado y con más gente que el Virreinato de V E. He hallado un país cuyos arenales secos y paramosos ocupan las dos terceras partes de su territorio, un país en que se han fundado ciudades demasiado pobladas, cuyo lujo vicioso inficiona los campos y destruye la posibilidad de la riqueza En Lima, centro de este lujo, no hay familia alguna que cuente con 30 mil pesos de renta al año"

El Ecuador debe al sabio Barón de Humboldt la loa científica de sus grandes bellezas naturales y la afirmación, documentada, de su haber territorial que hoy detenta, *manu militare*, nuestro vecino del Sur, a cuya libertad política el Ecuador ofrendó su sangre y su dinero

LA CASA DE HUMBOLDT EN QUITO

Con motivo de haberse publicado en el decano de la Prensa Nacional nuestra reciente crónica sobre la visita del sabio prusiano Barón de Humboldt a nuestra capital y a otras ciudades ecuatorianas, acaba de pedirnos, un culto caballero alemán, que le indiquemos la casa que habitó Humboldt en Quito, durante los seis meses de su muy grata permanencia en la cuna de Atahualpa y de la Beata Mariana de Jesús Paredes

A la verdad, siempre hemos supuesto que el autor de "Viajes por los Países Equinocciales del Nuevo Mundo", debió pasar más días en las haciendas linajudas del valle de los Chillón, que en la ciudad colonial, donde le asediaban las cortesías del Presidente de la Real Audiencia, empeñado en cumplir estrictamente las recomendaciones del valioso Godoy, Príncipe de Paz Y pensamos de este modo en vista del objeto y propósitos científicos del Barón de Humboldt quien venía a superarse en su alpinismo europeo escalando verdaderos volcanes, midien-

do con precisión alturas muy respetables y clasificándose como el primer andinista de Sud América. Viajaba con Bonpland, el eximio botánico y con Francisco José de Caldas, el sabio popayanés, cuyos cálculos infinitesimales le causaron tanto asombro por su irreprochable exactitud Había dado las espaldas al mundanismo de las cortes europeas y, desde su desembarco en Cumaná, donde presencié una maravillosa lluvia de estrellas, se había desposado con la Naturaleza Americana, la más extraordinaria, la más variada, la más espléndida del globo

Su entrada al antiguo reino de Quito por la ruta que, desde Angasmayo hasta el Cuzco, habían transitado los ágiles chasquis, le causó honda admiración y arrobamiento embrujador. Sobre los Andes, bajo el vuelo dilatado de los cóndores, entre niveos picos que rasgan el flanco de los cúmulos para soltar chorros de cobalto y descubrir cielos tibios y transparentes como los de Nápoles y Estambul, halló a 3 000 metros de altura campos feraces, surcados por lím

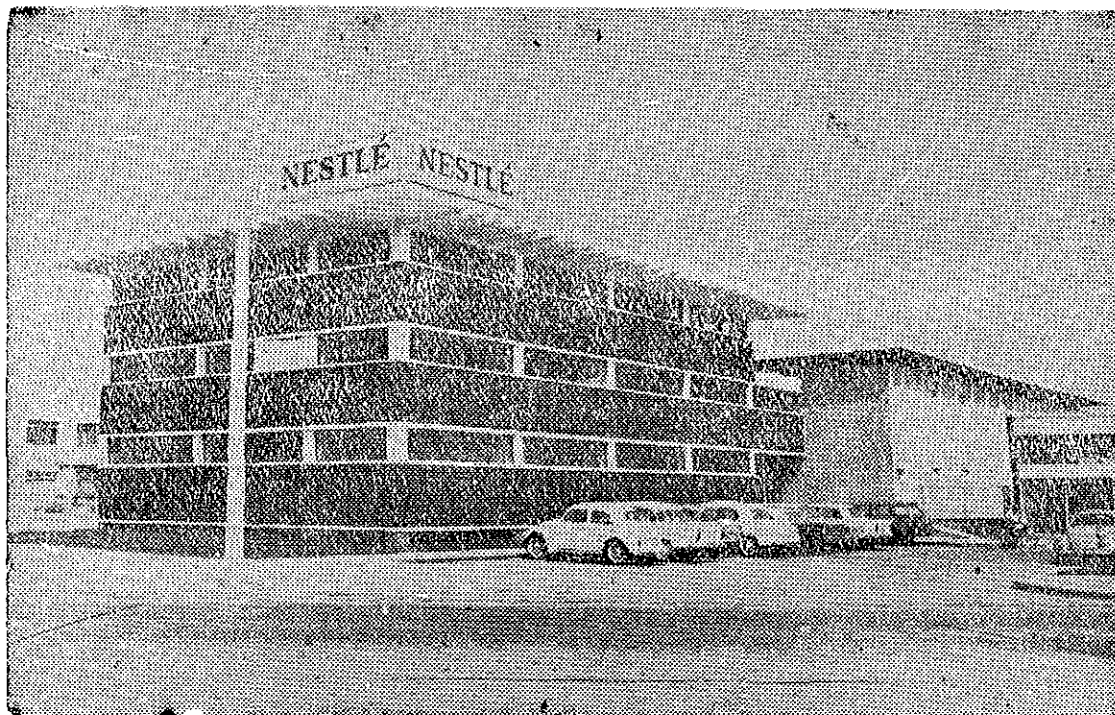
pidas aguas, taraceados de flores y grávidos de frutas, esmaltados, a la hora del mezzogiorno, por torbellinos de mariposas y por encendidas girándulas de colibríes. Ante un cuadro como este, qué podrían interesarle al sabio Humboldt las atenciones de las autoridades reales y las de criollos blasonados como los señores de Montúfar?

Estamos persuadidos de que prefirió las casas campestres de los Chillos a la maciza y blasonada del Marqués de Selva Alegre, casa que alzó sus muros en el cruce de las actuales carreras de Bolivia y Guayaquil, limitada al noroeste por el convento de Santa Catalina, en cuyos alrededores se levantaban quintas de "veraneo" y cuadras con forrajes para el cambio de postillones que viajaban desde las Reales Bodegas del Guayas hasta el Virreinato de la Nueva Granada.

Humboldt habitó, pues, en el corazón de Quito, a una cuadra de la Plaza Mayor. Habitó en la ya desaparecida casona de Montúfar, donde hoy se alza, alfanero de sus mármoles y sus vidrios biselados, el edificio del Banco de Préstamos, donde oficia el rito de las finanzas nuestro apreciado amigo Humberto Albornoz, pero no obstante las columnas y las cariátides, el edificio actual habrá de envidiar la gloria de los salones coloniales que vieron pasear encendidas de patriotismo, la casaca galoneada del Marqués de Selva Alegre y la levita lustrinosa del prócer indio, Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo.

Como ya lo expresamos en nuestra crónica, se conserva en Caracas, en la Plaza del Panteón, buena parte de la casa que habitaron Humboldt y Bonpland. Una placa de mármol, mandada a colocar por la Academia de Historia de Venezuela, recuerda al viandante la célebre morada que daba reposo al sabio, tras los continuos saqueos de los Uztaris, Palacios, Blandines, Aristeguietas, Montillas, Ibarra y Erasos. Este homenaje de los académicos venezolanos, tuvo, además, el noble propósito de hacer meditar al transeúnte caraqueño sobre el último diálogo espiritual del Barón de Humboldt y de su amigo predilecto, el Libertador Bolívar. Ocurrió dicho encuentro el 16 de diciembre de 1842, cuando la comitiva que traía desde Santa Marta las venerandas reliquias, dejó toda la noche, frente a la casa de Humboldt, la urna cineraria del Libertador, que fue velada esa noche por todo el pueblo de Caracas, por el llanto incontenible del prócer tudesco, Juan Uslar y por el remordimiento gris del doctor Quintero, difamador de Bolívar en el Congreso de Valencia.

Al día siguiente ese mismo, numerosísimo séquito, depositó la urna cineraria en la catedral, en la capilla de la Santísima Trinidad, donde fue a dormir su sueño de reposo y de gloria inmarcesible el último vástago de aquella estirpe de Bolívares, que nunca quisieron ser llamados marqueses de San Luis, ni Condes de Cocorote, sino servidores vascos de la Capitanía General de Venezuela.



"NESTLE calidad y seguridad al servicio del consumidor centroamericano. Productos Nestlé (Guatemala) S.A. Productos Nestlé (El Salvador) S.A. Productos Nestlé (Costa Rica) S.A. Nestlé Hondureña S.A. D. R. Ballantyne y Cía. Managua, Nicaragua".